

CORTOMETRAJE *EN TU MIRADA*: ASPECTOS FILOSÓFICOS
PRESENTACIÓN DE LA SITA JOVEN EN LA XLII SEMANA TOMISTA

En este corto pudimos acompañar a José en la dura tarea de confiar en Malena. Confiar viene del latín *confidere*, que se forma con el prefijo *con-* que denota algo que se agrega en orden a confluir y la raíz *fides* que significa fe. Por tanto podríamos decir que confiar es poner la fe en algo o alguien. De hecho, Santo Tomás señala que "*lo propio de la fe es creer algo a alguien*"¹. En el fondo, el gran problema de José es creerle o no a su novia. Hablaremos aquí de la fe natural.

A lo largo de la historia, José no sabe si Malena le fue fiel, sino que se debate interiormente a para luego llegar a la certeza total acerca del tema que lo aqueja. Se enfrenta a una decisión vital y no puede parar hasta llegar a la verdad, ya que la incertidumbre lo lacera interiormente. José tiene sed de verdad y la duda lo quema. ¿Cómo no adherir a Aristóteles cuando dice "todos los hombres por naturaleza desean saber"²? Podemos afirmar junto con un pensador contemporáneo que "la verdadera duda nos impulsa hacia la certeza"³. Expongamos brevemente las 3 posibles posturas frente a la verdad: duda, opinión y certeza, que Santo Tomás desarrolla en el cuerpo del artículo cuarto de la cuestión primera de la *Secunda Secundae*.

1. Grados de acercamiento a la verdad

La duda el estado donde el sujeto no se adhiere al objeto contemplado por su inteligencia, ni afirmativa ni negativamente, o por la carencia de pruebas que lo inviten a tomar parte por un lado de la balanza o porque tiene evidencia por igual tanto de una como de la otra postura. La duda no implica asentimiento o rechazo de la materia en cuestión, sino deliberación sin una toma de posición. Como exponíamos antes, cuando el hombre duda con sincero anhelo de la verdad, esta duda es dolorosa y el intelecto comienza una batalla interior para concluir afirmativa o negativamente. Cuando se está cómodo en la duda, ésta se transforma en escepticismo.

Luego tenemos la opinión, en ésta no hay un asentimiento total ya que se adhiere a una determinada verdad con duda y temor. Es una postura en la que no hay un asentimiento firme sino solo una inclinación de la balanza en razón de la verosimilitud de algo. La inteligencia

¹ II-II, q129, a6, c: "*Ad fidem autem pertinet aliquid et alicui credere.*"

² ARISTÓTELES, *Metafísica* 980a

³ KOMAR, Emilio. *El optimismo cristiano*. Editorial Sabiduría Cristiana, 2012, p. 34

adhiera con temor a errar, por eso no asiente completamente. Podemos decir que nadie muere mártir por una opinión, desde Sócrates a nuestros días. Ciertamente, en quien opina no se haya una convicción firme e inamovible acerca de la verdad de algo. Podemos ir al encuadre del frágil castillo de naipes en la escena de los amigos, donde éste es una cierta figura del estado mental de José: se encuentra dubitativo y opina que Malena es fiel, pero sin certeza. Su asentimiento es tan firme como el castillo, que en la escena se derrumbó fácilmente. Las opiniones de los amigos, todavía tienen un gran peso a la hora de confiar o no en ella y su afirmación carece de seguridad.

Ahora bien, en el campo de la certeza, donde la inteligencia adhiere firmemente y sin temor a errar, se pueden distinguir dos modos de conocimiento cierto: El saber y el creer. Éstos difieren por la razón por la cual se asiente. *“El saber es un conocimiento objetivo”*⁴ basado en la evidencia de conocer, de “ver” aquella verdad que se asiente. Es un conocimiento cierto en virtud de un objeto, el cual estimula directamente nuestro intelecto o nuestros sentidos. Así, uno sabe por uno mismo que algo es así y no de otra manera.

La segunda manera de llegar a la certeza es el creer, donde la inteligencia asiente completamente —aunque sin evidencia directa— en razón de un testigo que sí “sabe”, un testigo que sí “vio” y conoce directamente sin intermediarios. En efecto, no existe fe de lo visto, aunque eso no implica menos adhesión a la verdad. Al respecto, Santo Tomás nos dice: *“Si [el sujeto] presta ese asentimiento con duda y miedo de la otra parte, da lugar a la opinión; da, en cambio, lugar a la fe si lo presta con certeza y sin temor”*⁵.

2. Creer a alguien

Veamos entonces en qué consiste este acto de fe. Dice nuestro protagonista, José, charlando con su padre: “¿Cómo se hace para creerle algo a alguien que te pudo haber mentado?”. Aquí se nos plantean dos problemas: intentemos explicitar un poco este “algo” que se propone a la inteligencia para ser creído. Este objeto propuesto, puede ser tranquilamente la fidelidad de Malena durante su pasantía laboral. Es esto lo que se le propone a José creer o no, es algo completamente fuera de su vista. Tiene elementos tanto para creer como para no creer. Tiene elementos para creer: la llamada de Malena, su ilusión por crecer laboralmente, el regalo por los 3 años juntos, el tiempo que llevan compartido.... Por otro lado, tiene elementos para no creer:

⁴ PIEPER, Josef. *Las virtudes fundamentales: virtudes teologales*. Ed. Librería Córdoba, 2008, p. 18

⁵ II-II, q4, a4, c

las fotos con su compañero de trabajo, el llamado fallido donde atiende este tercero y la opinión de sus amigos, entre los cuales reina la incredulidad, o por lo menos, la duda. En resumen, es factible tanto lo uno como lo otro y depende casi enteramente de la decisión de José la resolución de este problema.

La fe de José recae sobre un objeto indemostrable, pero a su vez razonable. Es decir, su objeto no es *ex ratione*⁶ —desde la razón, fruto de ella—, pero sí *cum ratione*⁷ —razonable, que no contradice la razón—. Esta posibilidad de verdad no tiene tanta fuerza propositiva en sí misma como para que el objeto solo mueva a la inteligencia a asentir. En efecto, dice Santo Tomás que lo propio de la fe es la falta de visión⁸. De ahí que es necesario un asentimiento de la voluntad, que mueva al hombre a adherir a esa verdad que su inteligencia no puede ver por ella misma. Dado que el hombre no conoce por sí mismo, se cree ese “algo” en virtud de un “alguien”. Nótese que, por más que intervenga la voluntad, la fe, en cuanto hábito, reside en la inteligencia. En efecto, quien cree adquiere un conocimiento nuevo. Es una forma de conocer. Por medio de la fe, puedo “ver” lo que no conozco por mí mismo: “*La luz de la fe hace ver las cosas que se creen*”⁹.

Ahora bien, en la fe, la carga de la prueba recae no tanto en el objeto (la fidelidad de Malena) sino en Malena como testigo y garante de esta verdad. A quien le puede creer o no José, es a Malena misma. Dijimos que lo propio del acto de fe implica creer algo a alguien. Para adherir con certeza y sin temor, al creer, se analiza principalmente a este alguien en el cual se deposita la confianza: su autoridad, qué tanto lo conocemos, etc. En el fondo, primero analizamos que sea confiable, que haya sendas razones para creerle, y aquí sí buscamos pruebas.

Apliquemos lo dicho a la primera escena de los amigos: los cuatro amigos se encuentran jugando a las cartas y la pizza de Quique no llega. Ante este problema, se encuentran principalmente dos posturas. Una que considera que Quique no es digno de confianza, y el tiempo de espera es prueba suficiente de que la pizza no llegará. El amigo que la propone pide “tener el queso entre los dedos” para creer. La otra postura es la de José, que considera que Quique ya ha demostrado ser confiable en alguna oportunidad anterior —“la odisea de

⁶ CALLE CAMPO, Ovidio. Nota al pie *h* del artículo 4 de la cuestión 1 de la II-II. En: Suma de Teología, Tomo III. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1990

⁷ *Ibidem*

⁸ II-II, q1, a4, c

⁹ *Ibidem*, ad 3

Quique”—. Esa es su mejor credencial para creer que nuevamente cumplirá, como efectivamente sucede.

3. Creer *algo*

Luego de haber visto someramente el objeto del acto de fe, veamos cómo se produce efectivamente en el sujeto. Hasta ahora nos hemos situado en la inteligencia, en qué analiza nuestra razón cuando cree; es decir, en virtud de qué sería una opción madura y razonable creer. Pero en la sola valoración intelectual todavía no hay fe, ya que el acto de fe completo requiere que entre en juego también la voluntad. En efecto, cuando creemos, la inteligencia asiente movida por la voluntad a una verdad que alguien nos comunicó, y cuyo contenido no conocemos por nosotros mismos. Es decir, no sólo le creemos a él, sino que creemos el mensaje que éste nos dijo tal vez incluso como si lo hubiéramos visto nosotros mismos. Veamos entonces qué papel juega la voluntad en este proceso, sin la cual no se podría dar la fe.

La voluntad es vehículo, mediación para la fe. Lo creído recae sobre la inteligencia, pero para que esto ocurra, es nuestra voluntad la que elige creer. Cita Pieper al Cardenal Newman: *“Tan pronto como estás convencido de que tendrías que creer, ha hecho la razón lo suyo; ahora bien, lo que es necesario para creer no es un argumento, sino un acto de la voluntad”*¹⁰.

Así como en el saber es la fuerza de la evidencia de la verdad lo que mueve a la razón a adherir sin reservas a que esa cosa es así y no puede ser de otro modo, en el creer es la fuerza de la voluntad la que mueve a la razón a aceptar como propia la verdad que han visto otros ojos. Para lo cual tuvo que haber una valoración acerca de que es bueno creer aquello que se propone, ya que la voluntad apetece el bien. Pieper nos dice: *“Yo creo no porque vea, comprenda o descubra algo verdadero, sino porque quiero algo que es bueno”*¹¹.

4. La confianza de José

Transportémonos a la escena del asado de José con su padre. Éste confió siempre en su madre y aseguró con certeza que ella jamás le había mentado en virtud de su amor; pero no un amor ciego donde la voluntad fuera rifada al mejor postor, sino un amor fundado en el conocimiento profundo de la persona. Él la conocía y la amaba, y por eso confiaba en ella. No

¹⁰ PIEPER, Joseph. *Ibidem*, p. 31

¹¹ *Ibidem*, p. 32

necesitaba verla en todo momento, estar con ella las 24 horas del día, los 365 días del año para confiar.

A José se le plantea el mismo asunto pero en versión más difícil, porque no ha pasado toda una vida con Malena; no la conoce con la misma profundidad con la que su padre conocía a su madre. Aun así, tiene razones para confiar: ciertamente la conoce por el tiempo que han pasado juntos, fruto de lo cual ha surgido el amor entre ellos. Ahora debe renovar su confianza en ella, y renovar también la decisión de amarla todo el tiempo que Malena no está presente. Podemos decir que la vida del hombre —en especial, el amor—, no es posible sin un acto de fe: para vivir uno debe creer. Nos dice Joseph Ratzinger acerca de esto mismo: *“Durante todo el día todos nosotros utilizamos productos de la técnica, cuyos fundamentos científicos nos resultan desconocidos: ¿quién va a calcular y verificar la estática de los rascacielos? ¿Y el funcionamiento del ascensor? (...) ¿quién va a comprobar la fiabilidad de la composición de un producto farmacéutico? (...) Efectivamente vivimos dentro de una red de no conocimientos, de los que sin embargo nos fiamos. (...) Con esta fe tomamos parte en el producto del saber de otros”*¹².

En el caso de la confianza en una relación de pareja, uno cree porque ama¹³. El amar supone el conocimiento profundo del otro, de su bondad, de aquello que lo hace confiable; y esta es su principal credencial, aquello por lo cual la voluntad mueve a creer en él. Amar implica una valoración previa acerca del bien que supone el otro; y en la vida vivida juntos, se experimenta vivencialmente que aquello que viene de este otro es algo bueno, apetecible por mi voluntad y, por ende, creíble. En palabras de Pieper: *“La fe, como acto humano realmente vivo, no puede esperarse que se dé a no ser que el contenido de lo que hay que creer sea experimentado por el hombre como algo que realmente le afecta, como un objeto de esperanza, de deseo, de amor y, en tal sentido, como una meta del querer”*¹⁴.

Toda persona es un mundo, un misterio, y por eso no seremos nunca capaces de conocer hasta el último rincón de este otro, pero sería incorrecto decir que no podemos conocer nada acerca de otra persona, o que no podemos tener un conocimiento profundo de ella. Cuando se trata de la confianza entre personas, el acto de fe es aún mayor que el que pudiera tener ante el rascacielos, los fármacos, o cualquier saber técnico. Implica la aceptación del otro como misterio,

¹² RATZINGER, Joseph. *Mirar a Cristo*. Edicep, 2005, p. 14

¹³ NEWMAN, J. H. Citado por: PIEPER, Joseph. *Las virtudes fundamentales*. *Ibidem*, p. 35

¹⁴ *Ibidem*, p. 33

lo cual implica que siempre habrá algo que no podré ver, pero por un exceso de luz, y no por falta de ella. Confiar supone una adhesión plena de la voluntad al otro como un bien, como alguien que merece ser amado por sí mismo, en quien ha descubierto este objeto de mi querer.

Para concluir, veamos el título de este corto: “En tu mirada”. José finalmente verá a través de los ojos de Malena. Allí se encuentra su certeza y el *leiv motiv* de su amor. Él sabe que ella es buena, y descubre en su mirada la certeza de que le ha sido fiel.

La frase final sintetiza perfectamente la experiencia del hombre en esta tierra, donde el creer se vuelve necesario pero no por eso menos meritorio. Estamos hechos para la verdad, y dirá Tomas que la incredulidad es esencialmente contraria a la naturaleza del hombre¹⁵. Creer se nos plantea perfectamente razonable y hace nuestra existencia posible: “*si el hombre no quisiese creer a no ser lo que conoce, ciertamente no podría vivir en este mundo. ¿Cómo, pues, puede vivir alguien sin creer a otro? ¿Cómo creería que tal hombre es su padre? Y por eso es necesario que el hombre crea a alguien acerca de aquellas cosas que no puede saber por sí mismo*”¹⁶.

Camila Duro

Comisión de Filosofía de la SITA Joven

¹⁵ II-II, q10, a1, ad1

¹⁶ *Comentario al Credo*, prólogo